

El futuro de la guerra irregular

Boris Salazar¹

Una certeza queda de la lectura de las contribuciones realizadas a este pequeño simposio: la guerra irregular está aquí para quedarse. En Asia, en África, en América Latina, en Europa oriental, en reductos urbanos de los Estados Unidos y de Europa occidental, la guerra irregular es una realidad cotidiana. Ante el avance de la guerra irregular, surge una pregunta inevitable: ¿Cómo y por qué los Estados centrales han sido desplazados por organizaciones ilegales, rebeldes, insurgentes y criminales del ejercicio de la violencia en gran escala? Los artículos incluidos aquí no responden en forma directa esa pregunta, pero sí dan pistas para entender los engranajes, las interacciones, los giros históricos, los sistemas de expectativas, las condiciones geográficas que han permitido la estabilización de la guerra irregular como la forma fundamental de adjudicación y de disputa del poder político en muchas sociedades contemporáneas.

Las contribuciones aquí incluidas analizan, con métodos formales y enfoques analíticos diversos, tres grandes áreas del estudio de las guerras irregulares: las condiciones para el surgimiento y la expansión de organizaciones violentas no estatales (Tilly), la evolución de las interacciones estratégicas en guerras por el control territorial (Echandía y Castillo), y las condiciones para una probable negociación de la guerra irregular colombiana (Pérez y Arévalo). Todas plantean preguntas originales, algunas introducen nuevos métodos formales al estudio de la guerra irregular, otras lanzan preguntas exploratorias que pueden ser el inicio de nuevos programas de investigación, y todas coinciden en intuir la estabilización de la guerra irregular como un fenómeno permanente del mundo contemporáneo.

La violencia no estatal

En su estudio exploratorio sobre la emergencia y la expansión de las organizaciones violentas no estatales, Charles Tilly intenta dar cuenta de una de las tendencias más fuertes en el ejercicio contemporáneo de la violencia colectiva: la sustitución del Estado central por otras fuerzas. El autor sugiere dos mecanismos básicos para explicar la tendencia mencionada: la explotación y el atesoramiento.

¹ Departamento de Economía, Universidad del Valle. Editor invitado del simposio “El futuro de la guerra irregular”.

El primero supone la extracción de valor por parte de las redes violentas. El segundo implica el control pleno sobre la propiedad, la explotación y la distribución de los recursos. En ambos casos, el ejercicio de la violencia genera desigualdad y las condiciones para su reproducción y expansión. Como lo sugiere Tilly, las organizaciones violentas no hacen nada que los Estados nacionales no hayan hecho a lo largo de la historia, la única diferencia es que no son Estados.

El punto más interesante no está allí, sin embargo, sino en las relaciones entre las redes violentas no gubernamentales y los Estados. Si bien los grupos insurgentes o no estatales actúan por fuera y en contra del Estado, su capacidad de reproducción se multiplica cuando logran mantener diversas relaciones de cooperación con él. Es decir, entre estos dos tipos de agentes violentos las relaciones no son siempre contradictorias: los dos pueden crecer en forma paralela si interactúan en los ambientes sociales y políticos apropiados. El Estado puede, incluso, llegar a contratar los servicios de agentes privados violentos, y los políticos que acceden a su control pueden depender, en buena medida, de la cooperación y del apoyo de fuerzas violentas ilegítimas. Es la capacidad de las organizaciones violentas de cooperar con los Estados y de mantener con ellos relaciones estables, simbióticas y permanentes lo que hace más preocupante su crecimiento y expansión. En lugar del enfrentamiento abierto con la máquina estatal, las organizaciones violentas tienden a penetrarla, a unirse con ella para ciertas tareas, a crear alianzas temporales o de más largo plazo para la consecución de objetivos comunes. Es ese tipo de cooperación el que explica la capacidad de las organizaciones violentas para sobrevivir y expandirse a pesar de la presencia del Estado central.

Las consecuencias de lo sugerido por Tilly son decisivas para descifrar lo que está ocurriendo hoy en Colombia. Más allá del conflicto armado visible, debemos entender las múltiples relaciones entre el Estado central, empresarios de la violencia, organizaciones violentas, negocios ilegales y economía en general, si queremos saber para dónde va Colombia.

Interacción estratégica, geografía y redes

Camilo Echandía ha sido el pionero de los estudios sobre la evolución estratégica del conflicto armado colombiano y su relación con las condiciones geográficas en las que ocurre. En su contribución para este simposio Echandía estudia la evolución del conflicto en cuatro departamentos del Suroccidente colombiano: Cauca, Huila, Nariño y Tolima con el fin de evaluar el aprendizaje estratégico de las organizaciones armadas que se disputan el control de esos territorios. La tesis central del autor es que los agentes armados (en particular las Farc) pospusieron su objetivo de lograr el control territorial para buscar, en cambio, el control estratégico. Ante la ofensiva de las fuerzas regulares del Estado, las Farc habrían dejado la estricta lógica del control territorial para seguir la lógica más amplia del control estratégico. Mientras que el control territorial tendría como objetivo mantener el control, a través de

cualquier medio, del territorio y de su población, el control estratégico supondría la elección de los medios necesarios para consolidar la posición de cada agente frente al enemigo en el conjunto de la guerra. Aunque el autor no lo plantea así, sospecho que en la actual fase de la guerra colombiana, tanto el Estado, como las Farc y el Eln, y las fuerzas paramilitares están considerando la situación de conjunto de la guerra, más que las condiciones locales de los territorios en disputa. Los estados mayores han pasado a tener la palabra y las acciones locales deberán responder, de ahora en adelante, a los grandes objetivos de la confrontación de conjunto con el enemigo.

Echanda muestra cómo han variado los movimientos de los agentes armados sobre el espacio, cómo han concentrado fuerzas en ciertos puntos decisivos, cómo la lucha por el control de corredores estratégicos se ha vuelto más intensa y cómo la confrontación en las llamadas zonas de retaguardia de la guerrilla ha cambiado las condiciones de la guerra. Es la hipótesis de la existencia de corredores estratégicos lo que permite explicar el por qué de la concentración de acciones y de fuerzas en ciertas zonas de Nariño y del Cauca, y el por qué las acciones de la guerrilla superan a las de las fuerzas estatales en esas regiones. El escenario de la guerra estratégica se completa al observar los corredores estratégicos que pasan por el Huila, comunicando al núcleo central de las Farc con el Nor-Occidente del país, y la creciente intensidad de la guerra en el Tolima.

Aquí emerge la importancia decisiva de la geografía en la duración de la guerra irregular colombiana: la existencia de largas cadenas montañosas, que comunican a distintas regiones, y permiten la consolidación de núcleos rebeldes ha sido un elemento fundamental en la consolidación de fuerzas contrarias al Estado. Todo está intercomunicado con todo, pero lo está de una cierta forma, que no puede cambiarse a voluntad de los agentes de la guerra. Quién llegó primero a los puntos “estratégicos”, cómo los ha defendido, sobre la base de qué alianzas sociales y de qué tipo de explotación económica es fundamental para entender la lógica de la guerra colombiana. Este ha sido un elemento ignorado por la mayoría de los estudiosos del conflicto en Colombia. No sobra señalar otro hecho subrayado por el autor: la violencia desatada en cascos urbanos y centros poblados como efecto del conflicto armado. En un conflicto de baja intensidad, el peso de las víctimas civiles, o desarmadas, es creciente. Las organizaciones paramilitares eliminan enemigos y pobladores en los cascos urbanos y en los centros poblados, mientras que la guerrilla impone su ley en las zonas rurales y montañosas.

En un artículo con varios puntos de coincidencia con el anterior, María del Pilar Castillo introduce, por primera vez en Colombia, la teoría de los grafos y de las redes sociales para entender la interacción de organizaciones armadas en una guerra irregular. Usando una base de datos construida para el efecto, la autora analiza la confrontación estratégica entre las Farc, el Eln, las fuerzas regulares y las paramilitares en la región del Valle del Cauca, en el periodo 1998-2003. Las organizaciones armadas son interpretadas como redes que intentan controlar tantos

nodos (puntos en el espacio, o municipios, en la tradición de los estudios del conflicto) como les sea posible de acuerdo a sus fuerzas y a las fuerzas del enemigo. La red surge de los vínculos existentes entre los nodos en los que actúan las fuerzas en conflicto. Dos puntos adyacentes, en términos geográficos, están vinculados si en ambos hay acciones de la misma organización armada. La guerra, entonces, es interpretada como la superposición de redes enemigas sobre nodos individuales o conjuntos de nodos.

La autora logró dos hallazgos importantes y confirmó una hipótesis que había sido sugerida en un trabajo anterior (Castillo y Salazar 2004). El primero es que toda red está compuesta de una red primaria, que incluye todos los nodos en los que ha habido acciones de una organización, y de subgrafos distintos que representan las partes de la red de cada organización. Aunque a primera vista parece algo trivial, no lo es cuando se trata de analizar las propiedades de las redes que surgen de una guerra irregular. Lo que está diciendo es que las organizaciones no pueden actuar con la misma fuerza en todos los nodos de un espacio, no tienen redes homogéneas, y su actividad y su control tienden a concentrarse en ciertos conjuntos de nodos (subgrafos). El segundo hallazgo tiene que ver con la existencia de nodos en los que se concentra la mayor parte de la actividad bélica de las organizaciones armadas durante un periodo de tiempo. La autora desarrolló un índice para medir la capacidad de cada organización para concentrar acciones en muy pocos nodos. Si una organización concentra muchas acciones en unos pocos nodos, es evidente que no actúa en los nodos restantes, o que lo hace en forma débil. Contrario a lo que se había afirmado por parte de otros autores (Sánchez et al. 2002), no hay ni contagio, ni correlación, en términos de acciones, entre los nodos vecinos de una red. Si en un nodo hay un número elevado de acciones, el número de acciones en los otros nodos será menor. La consecuencia es muy fuerte: un cierto tipo de orden territorial emerge del conflicto. No todas las organizaciones pueden actuar con la misma fuerza en todos los nodos, y cada una se hace fuerte en un cierto tipo de nodos y en ciertos conjuntos de nodos.

Lo que me lleva a la confirmación de una hipótesis anterior. El punto es que las organizaciones armadas, por diversos motivos, han terminado teniendo unas preferencias definidas de localización, o unos nichos ecológicos en los que tienen mayor probabilidad de supervivencia y de expansión. La evolución del conflicto en el Valle del Cauca muestra cómo hay una asociación entre el tipo de territorio (rural o urbano, montañoso o plano, poblado o no poblado) y la localización de las organizaciones armadas. Mientras los grupos paramilitares concentran sus acciones en terrenos planos o de piedemonte, poblados y con unidades de las fuerzas regulares próximas, las organizaciones guerrilleras tienden a localizar su actividad en nodos rurales, montañosos y poco poblados. Visto en el contexto de las redes y de los grafos, la evolución del conflicto en el Valle muestra la desaparición del Eln, su reducción a algunos nodos, la concentración de las Farc en la zona montañosa de Buenaventura, su expulsión de la zona urbana del mismo nodo por parte de las

autodefensas, y la expulsión de estas de las zonas rurales y montañosas en las que pretendió actuar. Como lo plantea la autora, el conjunto de la lucha estratégica sólo podrá apreciarse introduciendo un tercer agente, las fuerzas regulares. De hecho, las consecuencias de su actividad ya pueden apreciarse en la evolución de la confrontación entre paramilitares y guerrillas. Lo encontrado por Echandía y Castillo va en la dirección de pronosticar la larga duración de la guerra irregular colombiana. La localización de los agentes armados, el aprendizaje estratégico logrado, la precariedad relativa de sus fuerzas y sus interacciones con la población civil llevan a pensar en un conflicto estable, dotado de un orden propio, poco tendiente a una solución militar inmediata.

¿Vale la pena negociar?

La tesis de la estabilidad y larga duración de la guerra irregular colombiana tiene apoyo adicional en los artículos de Julián Arévalo y Bernardo Pérez sobre las condiciones requeridas para un proceso de negociación del conflicto. El primero hace una reseña juiciosa y formal de los modelos básicos de negociación provenientes de la teoría de juegos. Su aporte fundamental está en demostrar el carácter dependiente de la trayectoria de los procesos de negociación. Apoyándose en la tradición de la complejidad de Arthur, Arévalo sugiere que los acuerdos iniciales, los fragmentos del espacio de negociación “negociados” en las primeras etapas del proceso determinan las condiciones posteriores de la negociación y los resultados finales para los jugadores. La objeción inmediata a la existencia de rendimientos crecientes en un proceso dependiente de la trayectoria es superada por el autor suponiendo que en cada etapa de la negociación las partes se ponen de acuerdo en pequeñas expansiones del conjunto de negociación, hasta llegar a un resultado similar a de Nash y de Kalai-Smorodinsky. Esta “suavización” del proceso de negociación, basada en pequeñas expansiones del conjunto de negociación, permite superar la dificultad creada por los rendimientos crecientes y lograr resultados más cercanos a los ortodoxos, sin renunciar a la idea de un proceso dependiente de la trayectoria. El punto, por supuesto, está abierto a discusión.

Las implicaciones de lo sugerido por Arévalo son importantes para una probable negociación del fin del conflicto colombiano. Revisando la historia reciente de la negociación con las Farc, el autor se plantea si el haber seguido una estrategia de paso a paso en esa negociación no hubiera producido resultados menos traumáticos que los obtenidos con la estrategia de grandes concesiones iniciales. Queda en discusión, por supuesto, si hubo grandes concesiones al comienzo del proceso negociador. Es obvio que la cesión del control de un considerable espacio territorial puede considerarse como tal. Sin embargo, más que una concesión lo que ocurrió fue la legitimación temporal del control territorial de las Farc sobre ese espacio.

Bernardo Pérez siguió un punto de abordaje cercano al de Arévalo, pero desde un enfoque distinto. En lugar de buscar una opción óptima entre las alternativas

teóricas disponibles, decidió estudiar la historia reciente de los procesos de negociación en Colombia para preguntar: ¿Cuál es el lastre de los procesos de negociación fallidos del pasado? ¿Hasta qué punto pueden afectar cualquier proceso potencial del presente y del futuro? Pérez Salazar muestra que no será fácil aliviar el peso de la historia pasada sobre las expectativas de las partes de hoy. Una duda fundamental queda flotando al leer su artículo: ¿Vale la pena negociar? En el contexto de la guerra colombiana de hoy, pareciera que las partes fundamentales no valoran mucho la negociación. La guerra, entonces, debería ser considerada como una alternativa de equilibrio frente a una improbable paz negociada.

Usando el proceso de desmovilización de partes de las organizaciones paramilitares, el autor analiza diversos escenarios posibles y se decide por el titulado “as bajo la manga”. En él, el presente gobierno, en una transformación extraordinaria, se decidiría por romper con el actual proceso de desmovilización, imponer la ley, detener a los líderes paramilitares acusados de delitos atroces, y capear la tormenta subsiguiente hasta obtener el apoyo de todos los que no lo han apoyado hasta ahora—las ONG, parte de la opinión pública nacional e internacional—y manteniendo, de paso, el apoyo de todos los que se lo han dado siempre. Más allá de la verosimilitud de este tipo de escenario, es indispensable discutir cuál sería la coalición social y política que imaginaría y conduciría a feliz término un movimiento tan audaz. Nótese que el sorprendente golpe de mano contemplado en esta alternativa, contrasta con la estrategia gradual propuesta en el artículo de Julián Arévalo. Para continuar con las sorpresas, los dos autores, en un gesto poco usual, decidieron reunirse para escribir un epílogo de la conversación iniciada con sus artículos. Es la pieza que remata este simposio. Los autores llegan a una conclusión interesante: la parte que tenga una mayor disposición a dejar pasar el tiempo se encontrará en una posición superior. Sin embargo, para llegar al proceso de negociación las partes deben haber superado la fase de la pre-negociación. ¿Cómo lograr a un acuerdo para llegar a ella? He allí el problema.

Sé que cada posible lector llegará a sus propias conclusiones. Por mi parte sólo quiero subrayar dos intuiciones que salen de lo aquí publicado. La primera es que existen las interacciones, los engranajes, los accidentes históricos y las lógicas que explican la estabilización de las condiciones para que la guerra irregular se vuelva permanente, y se constituya en una forma de redistribuir y adjudicar el poder político y los recursos en el mundo entero. Los autores, desde enfoques muy diversos, y estudiando realidades muy distintas, así lo muestran en forma sistemática. La segunda es que el fenómeno de la guerra irregular no puede estudiarse desde el enfoque exclusivo de una disciplina particular. La pretensión de Collier y compañía de crear la teoría económica que explicaría todos los conflictos del mundo no ha pasado de ser una pretensión. Política, historia, sociología, economía, geografía, teorías de redes y de grafos confluyen en diversas combinaciones para reconstruir el fin de la hegemonía de los Estados nacionales y la emergencia de nuevos sistemas de dominación política.

Bibliografía

- CASTILLO, M. P. Y B. SALAZAR. 2004. "Guerra irregular, interacción estratégica y conjeturas: ¿Qué esperan ejércitos y civiles?", *Documento de trabajo*, Cidse, Universidad del Valle.
- SÁNCHEZ, F, A. SOLIMANO, AND M. FORMISANO. 2002. "Conflict, Violent Crime and Criminal Activity in Colombia" *Research Program on the Economics and Politics of Civil Wars*, Yale University. Mimeo.